
INTRODUCCIÓN

Carmona es una antigua ciudad. Una de las más antiguas, probablemente, de Andalucía. Desde la aparición en el valle del Guadalquivir de las primeras sociedades complejas de pueblos agricultores, allá por los albores del Neolítico, Carmona fue uno de los principales centros de asentamiento humano de la zona. Antes, por sus alrededores, habían desfilado bandas de cazadores que han dejado rastro de su presencia en los numerosos instrumentos de sílex recolectados por los prehistoriadores en las terrazas aluviales del Guadalquivir.

La existencia de un cabezo fácilmente defendible en el extremo oriental de los Alcores, dominando unas ricas y feraces tierras agrícolas, determinó la aparición sobre el mismo de un asentamiento humano permanente del que nos han llegado algunos fondos de cabaña y silos para almacenar el grano, excavados en la piedra del alcor. Estaba surgiendo la Carmona pre-urbana. Desde entonces, y en una secuencia prácticamente ininterrumpida, sobre este emplazamiento privilegiado se fueron sucediendo las diversas civilizaciones que han tenido presencia histórica en nuestra región.

De esta forma, hacia el tercer milenio antes de nuestra era, y coincidiendo con la llegada de nuevos pueblos y la difusión de la metalurgia del cobre, aparece la cultura del vaso campaniforme, de la que se exhumaron en la zona del Acebuchal algunos magníficos ejemplares, conservados hoy en la Colección Bonsor del Castillo de Mairena y en la *Hispanic Society* de Nueva York.

Fue en este momento liminar de nuestra historia cuando Carmona comenzó a beneficiarse de otros condicionamientos que tuvieron un peso decisivo en su futuro desarrollo histórico: en primer lugar, su posición intermedia entre la sierra y la campiña, que la hacían paso obligado para cuantos pueblos descendían a

las ricas tierras cerealeras de la Vega del Corbones; y, en segundo término, como etapa en las comunicaciones a lo largo de esa gran ruta que alcanzaría su máximo desarrollo en época romana, que conocemos con el nombre de Vía Augusta.

A la etapa incipiente de instrumentos de cobre siguió, ya en el segundo milenio, la primera edad del bronce, de la que han quedado muy pocos testimonios en la zona, casi todos ellos en el otro extremo de los Alcores, la zona de Gandul (Alcalá de Guadaíra). Se ha hablado de una larga etapa de atonía económica y hasta demográfica que explicaría la pobreza arqueológica de los finales del segundo milenio antes de Cristo. Pero ya en el siglo IX a. C. se observa una fuerte recuperación como resultado de la llegada de pueblos de dedicación ganadera, procedentes de más allá de Sierra Morena a los que se debe, entre otras manifestaciones, la aparición de una cerámica nueva, de gran calidad. Sin embargo, ello no supuso un cambio radical en las bases económicas del territorio que siguieron siendo fundamentalmente agrícolas. En cualquier caso, no cabe duda de que para estas fechas Carmona era ya un núcleo de cierta importancia dentro del panorama del comercio de larga distancia y comarcal.

A partir de este momento, Carmona entra en una fase de aceleración cultural que no sólo se observa en la difusión de una cultura semejante a la de los pueblos de su entorno sino, y esto es lo realmente decisivo y novedoso, en la llegada de las primeras influencias exteriores de origen mediterráneo. Estamos hablando de esa etapa que los proto-historiadores denominan «época tartésica antigua», de la que en Carmona se han documentado restos de gran importancia que hacen de ella uno de los enclaves fundamentales para entender este momento de cambio cultural.

La imagen que Carmona presentaba entonces no era la de una población definida por un recinto amurallado. Por el contrario, todas las evidencias arqueológicas apuntan a la existencia de varios núcleos habitados establecidos en puntos

de fácil defensa como el Picacho, la Puerta de Córdoba, el Barranquillo o el tramo que iba desde el Albollón hasta la Puerta de la Sedía. Las excavaciones y prospecciones arqueológicas han dado como resultado la aparición de cimientos de casas de planta rectangular, hechas de adobe, y de una cerámica que mi maestro el profesor Carriazo y Arroquia denominó de «retícula bruñida»¹. Carmona entraba así, de la mano de esta civilización de la que poco a poco estamos conociendo sus perfiles reales y no míticos, en contacto con el rico mundo oriental².

Para entonces –estamos hablando de los finales del siglo VIII y comienzos del VII a. C.– se había iniciado de forma pujante la penetración en todo el valle del Guadalquivir de grupos de comerciantes fenicios establecidos en la bahía de Cádiz y, más concretamente, en el poblado del Castillo de doña Blanca, junto al Guadalete, en las proximidades del Puerto de Santa María³. Esta influencia orientalizante, de origen púnico, marcará profundamente el ambiente cultural de la Carmona de mediados del primer milenio a. C. Las necrópolis excavadas en los Alcores y, sobre todo, las de la Cruz del Negro han dado unos materiales riquísimos: vasos cerámicos dentro de la tradición de la cerámica reticulada ricamente decorados, peines de marfil de una gran belleza, ánforas de importación y otras cerámicas traídas de fuera, como los «jarros de boca de seta» y, lo más espectacular, los grandes «vasos de cuello de trompeta» hallados recientemente junto a la iglesia de San Blas, en un sector que los arqueólogos que excavaron el yacimiento definieron como «barrio de lujo» o «barrio colonial», en el que debieron asentarse los comerciantes fenicios venidos de la zona de Cádiz.

Subsiste el problema de dónde se elaboraron estos peines, paletas y cucharas de marfil y esta cerámica tan refinada, plena de motivos orientales, como flores de loto, grifos y otros animales. Se ha hablado de la existencia de unos talleres locales, de los que serían buena prueba estos refinados productos artesanales. Pero no es del todo seguro. En cualquier caso, desde la llegada de estos comer-

cientes púnicos y el establecimiento en Carmona de una «colonia» permanente de ellos, su influencia impregnó de orientalismo la cultura agro-ganadera de la población indígena. Con seguridad, ellos dotaron a Carmona de un primer diseño urbano, definido por la existencia de una muralla somera que fue progresivamente abrazando los distintos «barrios» establecidos en el extremo oriental del alcor. Su religión y, sobre todo, sus enterramientos y ritos funerarios, espectaculares y suntuosos, dejaron en Carmona una profunda huella que duraría siglos. Y, lo más significativo, aquellos comerciantes fenicios fueron, tal vez, quienes dieron nombre a Carmona: Karm o Karmo, en versión indígena⁴.

El momento en que Carmona se define como lo que históricamente fue y que coincide con la aparición de las primeras estructuras políticas de base territorial se corresponde con la creación de Tartessos, en la fase final de la Edad del Bronce. Surgida en la zona del bajo Guadalquivir, en contacto con las influencias culturales venidas del Mediterráneo oriental, Tartessos se conformó como una monarquía que controló buena parte del valle del Guadalquivir. Fue entonces cuando Carmona emergió como uno de los principales centros de la nueva cultura gracias a su larga historia anterior y a la serie de factores favorables para su desarrollo que en ella concurrían. Lo ha escrito de forma precisa y bella Manuel Bendala Galán:

[Carmona] es fruto maduro de una larga y complicada gestación. Cuentan en ella multitud de factores, que en Carmona están combinados favorablemente, hasta auparla a la notoriedad y la importancia que en la Antigüedad alcanzó. Uno de ellos, ya señalado, y el más evidente ante la simple contemplación de Carmona, es su ubicación geoestratégica. Magnífica para la economía agrícola y pecuaria, resulta inmejorable como bastión desde el que controlar militarmente su zona. En esto tuvo Carmona los mejores triunfos con que jugar con éxito su partida histórica. Desde el

momento en que las estructuras políticas de la región alcanzaron un alto nivel de desarrollo, y cuando la economía tuvo en el comercio su principal savia vitalizadora, Carmona va a desempeñar un papel de primera importancia.⁵

Favorecida por estas circunstancias, Carmona entra en una nueva etapa, que nunca más abandonaría, de ciudad cabecera de un amplio distrito rural, vinculada a una realidad política superior. Con Tartessos, Carmona se integró en esa gran ruta comercial que fue la Vía Heraclea, recorrida en la historia mítica del sur peninsular por Hércules, y que los romanos llamarían Augusta. Carmona va a ser uno de los puntos claves de este gran camino de actividad económica y de cultura. La situación no cambiará cuando, tras el hundimiento de Tartessos hacia el siglo VI, la región entre en la nueva fase del mundo turdetano, de base cultural tartésica, de la que Carmona emergerá de forma pujante al integrarse, como toda la zona, dentro del Imperio colonial de Cartago. Los cartagineses, en efecto, dieron a Carmona su perfil definitivo en lo urbanístico, comenzando por su propia muralla y otras defensas exteriores, como el foso en V, que la convirtieron en un enclave militar inexpugnable: en la ciudad que Julio César, maravillado ante sus impresionantes defensas, definiría como la más fuerte de todas las de la provincia: *longe firmissima totius provinciae civitas*. Sobre estas sólidas bases, Carmona, en opinión de Alfonso Jiménez, se constituyó, dentro del dispositivo militar de los dirigentes de Cartago como el «principal baluarte desde el que controlar el bajo valle del Guadalquivir».

El dominio cartaginés, que no su legado cultural, fue sustituido por el de Roma. En el año 206 a. C., se dio la batalla que tradicionalmente se había ubicado en Ilipa Magna (Alcalá del Río) y que, tras una lectura cuidadosa de las fuentes, M. Bendala ha localizado en los alrededores de Carmona. Pocos años después, las últimas guarniciones púnicas embarcaban en Cádiz rumbo a Car-

tago. Inicialmente, Roma impuso en Carmona y en todo el territorio una suerte de protectorado, manteniendo las estructuras y grupos de poder turdetanos. Con el final de las guerras civiles, Carmona entró, en tiempos de César y Augusto, en la larga y fecunda etapa de la *pax romana*. Y de esta forma, sus feraces campiñas y sus tierras de olivar, sabiamente explotadas, fueron la base de su prosperidad. Las espigas que figuran en las monedas acuñadas en Carmona así lo atestiguan con orgullo.

Convertida en «municipio» romano, Carmona moldeó su trama urbana a partir de los elementos preexistentes. Sobre la retícula urbana surgieron foros, templos y edificios públicos, como el teatro descubierto hace pocos años en las cercanías del Alcázar de Arriba. Sus dos puertas principales, las de Sevilla y Córdoba, sobre todo esta última, fueron dotadas de una monumentalidad y fortaleza que todavía hoy nos asombran. Y en las afueras, surgieron el circo, descubierto hace pocos meses, y el anfiteatro, cuya arena y graderíos se excavaron en la roca del alcor, en inmediata cercanía a la ciudad de los muertos, la necrópolis. En ella pervive, a pesar de corresponder a época romana, la influencia cultural de Cartago, visible no sólo en la forma de los enterramientos sino hasta en la escasa epigrafía conservada.

La historia de esa Carmona romana, reciamente anclada en el pasado turdetano y púnico, ha comenzado a desvelar sus muchos secretos⁶. Sigue siendo una historia con pocos protagonistas de nombre conocido. Pero eso no tiene la menor importancia porque lo que cuenta son las muestras de su esfuerzo, como lo están poniendo de manifiesto estudios recientes. De la potencia arqueológica del subsuelo urbano de Carmona son buena prueba las excavaciones realizadas. Gracias al trabajo de los arqueólogos poseemos una idea bastante exacta del trazado urbano de Carmona, de la pavimentación de sus calles, de la forma y tipología de sus casas, del abastecimiento de agua, de sus termas, de sus almacenes de

granos y hasta de numerosos testimonios de la cerámica, de la estatuaria y de la pavimentación con mosaicos de los interiores de edificios privados y públicos⁷. Este impresionante legado arqueológico, testimonio de la brillantez de una larga y fecunda etapa histórica que se prolongó sin sobresaltos hasta mediados del siglo III d. C., remite a la acción de Roma, que es en muchos aspectos el fundamento, físico y cultural, de nuestro presente.

La crisis del siglo III anticipó algunos rasgos característicos de la fase epigonal del mundo antiguo que fue la etapa visigoda (ss. V-VIII): ruina y desmantelamiento de edificios públicos y religiosos, contracción del poblamiento, despoblación de núcleos rurales y desaparición o abandono de las grandes propiedades del territorio. Desgraciadamente, es muy poco lo que sabemos sobre esta etapa de decadencia que desembocaría, con la invasión islámica y la destrucción del estado visigodo, en la Edad Media. Los pocos restos identificables como visigodos –un epígrafe de fines del siglo VI, coetáneo de la sublevación de Hermenegildo contra su padre Leovigildo, el conjunto de monedas aparecido a fines del siglo XIX en el cortijo de «La Capilla», el calendario litúrgico inscrito en una de las columnas del Patio de los Naranjos de la prioral de Santa María– no nos permiten concluir nada seguro sobre los siglos que precedieron a la llegada de los árabes. Todo lo más nos sitúan ante algo evidente y válido para toda la Hispania romana: la pervivencia del mundo clásico, el mantenimiento de algunas de sus estructuras administrativas y del sistema monetario antiguo, y la implantación del Cristianismo. Aún así, el legado romano, decaído, se mantuvo en lo esencial: su lengua, sus leyes y su tradición cultural, elementos todos que sobrevivirían en Carmona, durante varios siglos, a pesar de la conquista islámica del siglo VIII.

Carmona, como todo el valle del Guadalquivir, formó parte de al-Andalus desde principios del siglo VIII hasta mediados del siglo XIII, insertándose dentro una sociedad islámica implantada en Occidente que tan honda huella ha

dejado en la imagen y en la fisonomía de nuestra región. A lo largo de estos quinientos años de historia, la ciudad —que siguió siendo un enclave estratégico fundamental, centro de una comarca cerealera por excelencia y paso obligado entre Sevilla y Córdoba, los dos grandes centros de poder de la zona— experimentó todas las fases de la evolución política de al-Andalus: la conquista, la implantación de la dinastía omeya, las sublevaciones contra el poder cordobés en el siglo IX y comienzos del X, la larga paz del Califato, la descomposición en múltiples reinos de taifa en el siglo XI, uno de los cuales tuvo como sede Carmona, los imperios almorávide y almohade y la conquista cristiana, en el siglo XIII. También debió experimentar el paso, a través de un largo proceso de islamización, de una sociedad mayoritariamente cristiana y occidental a otra islámica y oriental. Sin embargo, de todo este largo periodo, nos quedan pocos testimonios visibles: el gran arco de herradura de la Puerta de Sevilla, el Patio de los Naranjos de la Iglesia Prioral de Santa María y sus salas anejas. Posiblemente la arqueología tenga algo que decir al respecto. Pero hasta ahora los arqueólogos no han descubierto restos significativos del pasado islámico de Carmona, a diferencia de lo que sucede con la etapa romana. De todas formas, una cosa parece clara: de la Carmona islámica quedaron el casi definitivo trazado urbano de la ciudad, el mudejarismo evidente de algunas de nuestras torres e iglesias y múltiples referencias estilísticas visibles aún hoy día en la arquitectura popular de nuestro pueblo.

Mejor informados estamos sobre la etapa posterior a la conquista castellana (1247). La inserción de Carmona en el reino de Castilla, su repoblación por gentes procedentes de todos los puntos del reino, desde Galicia a Toledo, la casi total y temprana desaparición del elemento musulmán que permaneció en ella en virtud de los pactos de rendición, y la implantación, con la renovación de sus pobladores, de una lengua, una religión, una cultura y unas instituciones de tradición occidental, provocaron un cambio radical, mucho más brusco y, desde luego,

más definitivo y duradero que el que auspiciara la conquista islámica en el siglo VIII. Desde entonces, y hasta hoy, la historia de Carmona sigue las grandes líneas de la historia de la región y del país. Pero es una historia con nombres, una historia que, gracias a la conservación en nuestros archivos de abundante documentación escrita, podemos reconstruir y estamos reconstruyendo poco a poco.

Sobre la herencia del pasado islámico, se alzó la Carmona cristiano-medieval, que mantuvo lo esencial de su callejero y que comenzó, desde los finales del siglo XIV, a expandirse por el arrabal de San Pedro. A la etapa medieval cristiana corresponden las últimas remodelaciones de sus estructuras defensivas y la ampliación de sus tres alcázares, amén de algunas iglesias y conventos. Una Carmona medieval que enlaza sin rupturas con la Carmona renacentista de las edificaciones de la Plaza de Arriba, de las remodelaciones de iglesias y fundación de conventos, que dieron a la ciudad ese aspecto inconfundible de ciudad clerical, pero, al mismo tiempo, de la ciudad próspera de las sobrias e impresionantes casas-palacio, de construcción ya moderna, que se despliegan por los barrios y collaciones del casco antiguo⁸.

Este rápido recorrido por la milenaria historia de Carmona nos lleva, de la mano, a una irrefutable conclusión: Carmona es el paradigma perfecto de la historia del valle del Guadalquivir. Todas las culturas, todos los pueblos, todas las grandes formaciones políticas que sucesivamente se desarrollaron en nuestra tierra dejaron en Carmona su huella, y una huella profunda, convirtiéndola en lo que en realidad es, un crisol de culturas y de civilizaciones. Por ello, cuando se hace historia de Carmona, cuando se visita Carmona, cuando se piensa en Carmona, estamos rememorando, por encima de las circunstancias locales, todo el pasado de Andalucía, una de las regiones culturalmente más ricas de Occidente.

* * *

Este es un libro sobre Carmona, por supuesto; pero no es una historia de Carmona. Para escribirla serían necesarias muchas páginas. Esa historia se está escribiendo poco a poco gracias a los Congresos de Historia de la ciudad que cada dos años se celebran con muy buenos resultados científicos, por cierto. El libro que el lector tiene en las manos trata sobre un momento de la historia de la ciudad: el que se inaugura con la conquista castellana y se prolonga hasta los albores del siglo XVI.

Pero más que el origen de esta publicación, tal vez interesen al lector las razones que me han llevado a concentrar la atención sobre una etapa tan concreta de la milenaria historia de Carmona. Son varias, y muy evidentes. Una de ellas es la formación y la especialidad de su autor, sin duda. Pero la más importante ha sido la consideración de que la conquista cristiana fue algo más que la simple transferencia de la ciudad de una formación política a otra. Por el contrario, la reconquista cristiana fue una ruptura histórica de enormes proporciones, mucho más radical, como veremos, que otras anteriores rupturas políticas, incluida la islámica; una ruptura que supuso la rápida desaparición de la población musulmana sometida y su sustitución por repobladores venidos de diversos puntos del reino castellano-leonés. De su mano llegaron una nueva lengua, un nuevo derecho, un nuevo sistema organizativo, una religión desaparecida de la ciudad hacía más de un siglo, y una cultura, en definitiva, de raíz occidental y latina. De esa época y de aquellos hombres procede la Carmona de las iglesias parroquiales, de los conventos y de los palacios, que hacen de ella un conjunto monumental único. Y, por último, porque salvando las muchas transformaciones ocurridas en los siglos XVI-XVIII, la imagen de la Carmona que hoy vemos quedó en buena medida establecida en lo fundamental en aquellos siglos trascendentales del final del Medioevo.

De aquella época y de aquellos hombres procede la Carmona de hoy. Vamos a hablar, por tanto, y no es poca cosa, de los orígenes inmediatos de la Carmona que hoy conocemos y disfrutamos.